

CAPÍTULO VIII

De la Providencia especialísima que Dios tiene sobre las almas buenas

(...)

Tal vez, alguno preguntará para qué sirven tantos institutos religiosos y de tantas clases, tanto de hombres como de mujeres. Y si todos dicen que lo hacen para seguir a Jesucristo según el Evangelio, siendo Cristo Jesús uno solo, ¿por qué tanta diversidad de institutos, de hábitos religiosos, etc.?

A nosotros no debe molestarnos esta diversidad; más bien debemos admirar la providencia infinita con que Dios gobierna a su Iglesia y a cada una de las almas buenas en particular.

1°. En primer lugar, esta diversidad forma la hermosura / el encanto de la Iglesia, llamada reina, adornada con vestidos de oro por la caridad y hermo­seada todavía más por la variedad especial de los institutos religiosos (cf. Sal 44,10). La Iglesia católica se puede comparar con un grande y hermoso jardín de un príncipe. Si en ese jardín todas las flores fueran de la misma especie, aunque todas fueran rosas, ¿podríamos alabar­lo? ¿Y dónde estaría la belleza de ese jardín? Es precisamente la diversidad de hierbas y flores bien distribuidas la que lo hace alegre y hermoso.

2°. En segundo lugar, la diversidad de los institutos religiosos sirve también para que todas las personas, tan diversas por su clase, condición, inclinación y genio, tuviesen lugares oportunos, según la disposición de cada uno, para perfeccionarse y santificarse mediante la práctica de las virtudes.

3°. Dicha diversidad enriquece al catolicismo con obras santas, como, por ejemplo, enseñar a los niños, cuidar de los enfermos, etc.

4°. Esta diversidad produce hombres eminentes en los estudios y en las ciencias, que escriben obras sublimes y útiles y enseñan como profesores en los colegios, en los seminarios y en las universidades.

5°. La misma diversidad trae grandes ventajas a la sociedad, porque el religioso no necesita mucho para la comida, el vestido y la habitación.

6°. Esa diversidad es, además, un medio poderosísimo, siendo de todas clases y especies, para atraer a la sociedad al recto camino no sólo con la observancia de los respectivos votos de pobreza, castidad y obediencia —virtudes diametralmente opuestas al deseo ardiente del oro, a la impureza, al orgullo y al capricho propio, que son los vicios dominantes en el mundo (cf. 1.Jn, 2,16)—, sino también con la predicación y la administración de los sacramentos.

7°. Finalmente, la diversidad de tantos religiosos y religiosas, de tantas y tan diferentes clases, con los sacrificios que hacen, con las obras buenas que practican y con las oraciones que elevan frecuentemente a Dios, detienen el brazo de la justicia divina, airada por los muchísimos y gravísimos pecados del mundo y, además, consiguen de la divina clemencia misericordia y gracias. Así lo entendía Santa Teresa, y por eso exclamaba: «¡Qué sería del mundo si no fuese por los religiosos!»¹.

(SAN ANTONIO MARIA CLARET, *El egoísmo vencido*,
en los “Escritos espirituales”, BAC, Madrid, 1985, pp. 413-414).

¹ *Libro de la vida*, cap.32. n.11.